

UN SUEÑO

(Última producción de León Tolstoy)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1665 MONTERREY, MEXICO



UN SUEÑO

Uno de estos últimos días he tenido un sueño, y la impresión que me causó fué tan intensa que diferentes veces me he preguntado: «¿Qué de particular ha ocurrido hoy?» Y entonces recuerdo que la cosa importanté era lo que yo había visto y oído en sueños. Había escuchado el discurso, que tan intensamente me impresionó, de un hombre que, como todos los que aparecen en los sueños, estaba compuesto de dos hombres: el uno ya viejo, mi difunto amigo Vladimir Orlof, con sus sienes grises y su cráneo calvo; el otro, Nicolás Andréiévitich, un copista que vivía en casa de mi hermano.

El discurso de este hombre fué provocado por la conversación de la dueña de

la casa, una dama muy rica, con uno de sus amigos, propietario.

Refería la dama que en una propiedad, los labriegos habían incendiado la granja de los propietarios, los hangares, los árboles seculares, los cerezos de España, los perales de duquesa, y, contaba su amigo el propietario, que habían cortado todos los robles en el bosque y llevádose una pila de heno.

«Ya ni el robo ni el incendio se consideran como crímenes. Nuestro pueblo ha devenido horriblemente inmoral, todos son unos ladrones». En la contestación a estas palabras el doble personaje habló:

«Los labriegos han robado el heno, los robles, son unos ladrones, unos criminales—comenzó diciendo sin dirigirse concretamente a nadie.—Perfectamente. Al Cáucaso llega frecuentemente un príncipe cualquiera y roba a los habitantes todos sus caballos. Si alguno de estos habitantes procede a recuperar uno de los caballos robados ¿se le puede llamar ladrón? ¿Y no es lo mismo cuando se trata de árboles, de heno, de hierba, de todo esto que vosotros decís os han robado los campesinos? La tierra no viene de Dios, es común a todos, y, por lo tanto, si los labriegos han tomado lo que ellos pusieron en la tierra

común, no han robado, no han hecho más que recuperar lo que se les había usurpado.

»Ya sé que vosotros consideráis la tierra como propiedad de los señores; por eso llamáis robo la apropiación por los campesinos de lo que ellos pusieron en esta tierra en la que fueron expoliados. La tierra no fué jamás ni puede ser propiedad. Un hombre que posee más tierra que la que necesita, en tanto que otros carecen de la necesaria, es dueño en realidad, no solamente de la tierra, sino también de los hombres, y los hombres no pueden ser objeto de propiedad. Porque una docena de bribones han incendiado los hangares y cortado los árboles de algunos propietarios, decís que todos los campesinos son unos ladrones y que constituyen la clase más inmoral. ¡Y que pueda vuestra lengua pronunciar una palabra semejante! ¡Os han robado una docena de robles y ya habláis de encerrarlos en la cárcel!

»¡Si en lugar de tomar los robles se hubieran apoderado de todo lo que hay en esta casa!... ¡Pero si sólo han robado lo que les pertenece, lo que produjeron ellos y sus hermanos, no vosotros!... ¡Os han robado vuestros robles!... ¡Pero si vosotros durante muchos siglos les habéis robado,

no robles, sino vidas; las vidas de sus hijos, de sus mujeres, de sus viejos que, enfermos, no podían llegar al término natural de su existencia, porque la tierra que ellos recibieron de Dios les fué robada y se vieron obligados a trabajar para vosotros!

»Pensad solamente en lo que es la vida de esos millones de seres y en lo que es la vuestra; pensad solamente en lo que ellos hacen dándoos todos los bienes de la vida y en lo que hacéis vosotros privándo-les de todo, hasta de la posibilidad de alimentarse ellos y sus familias. Todo lo que constituye vuestra vida, y todo lo que hay en esta sala, y en esta casa, y en vuestras villas magníficas, y en vuestros palacios, todo vuestro lujo desenfrenado, todo esto es su obra. Y ellos lo saben. Saben que vuestros parques, vuestros paseos, vuestros automóviles, vuestros palacios, vuestros vestidos, todas esas cosas vanas y estúpidas que vosotros llamáis ciencias y artes, saben ellos que representan las vidas de sus hermanas y sus hermanos. Lo saben y no pueden por menos que saberlo. Pensad, pues, en los sentimientos que deberían guardar estos hombres para vosotros, si a vosotros fuesen parecidos.

»No podrían por menos de odiaros con toda la fuerza de su alma y sabiendo de

todo lo que vosotros sois capaces, desear vengarse. Ellos son docenas de millones y vosotros millares solamente... ¿Y qué hacen ellos? En lugar de aplastaros como a un reptil inútil y peligroso, continúan devolviéndoos bien por mal, llevando una vida razonable, no obstante ser penosa, esperando pacientemente su hora, esperando a que tengáis conciencia de vuestro pecado y de la necesidad de enmendarlo... ¿Y qué hacéis vosotros en pago a todo esto? Desde lo alto de vuestra inmoralidad refinada, alegre, descendéis hasta el pueblo «grosero y depravado» y le ilumináis, le asistís: dicho de otra manera, los medios de trabajo que le arrebatáis, los sustituís inoculándoles vuestra depravación, castigándoles como a niño malo o estúpido a quien se le hubiere muerto el pecho que le alimentaba.

»¡Pero mirad en vuestro interior...! ¡Reflexionad sobre lo que sois vosotros y lo que son ellos!

»Comprended que sólo el pueblo vive verdaderamente, en tanto que vosotros con vuestras dumas, vuestros ministros, vuestros sinodos, vuestras academias, vuestras universidades, vuestros conservatorios, vuestros tribunales, vuestras armadas, todas estas cosas estúpidas y crimi-

nales, no hacéis más que jugar a la vida gastándola por vosotros y por los demás. El pueblo nada más vive. El es la planta y vosotros los parásitos nocivos. Comprended, pues, vuestra nulidad y su grandeza. Comprended vuestro pecado y tratad de arrepentiros, de repararlo cueste lo que cueste.»

¡Cuán bien habla!—pensé yo.—¿Es esto un sueño? Y al mismo tiempo que me hacía esta pregunta, desperté.

Este sueño me condujo a reflexionar, una vez más, sobre la cuestión agraria, que se impone forzosamente cuando se vive siempre en el campo, en medio de la desgraciada población agrícola. Ya sé que he escrito muchas veces a propósito de esto; pero bajo la influencia de este sueño, siento la necesidad de volver, quizá de repetir lo que ya dije en «Carthago delenda est». En tanto la opinión de los hombres relativa a la propiedad de las tierras no sea modificada, no se dirá jamás bastante la crueldad, la locura y el mal que representa esta esclavitud de unos hombres por otros.

Los hombres dicen que la tierra es propiedad, y dicen esto, porque el Gobierno así lo reconoce. Pero también el Gobierno, hace cincuenta años, reconocía que los

hombres eran objeto de posesión. Con el tiempo se ha reconocido que los hombres no pueden ser propiedad y el Gobierno ha cesado de reconocerles así. Lo mismo con la propiedad territorial. El Gobierno reconoce ahora esa propiedad y la sostiene con su poder: pero tiempo vendrá en que el Gobierno deje de reconocer el derecho de propiedad territorial y proceda a su abolición. Y sucederá así, porque la propiedad agraria constituye la misma injusticia que representaba el antiguo derecho de propiedad humana que existía en tiempos de la esclavitud. La sola diferencia que existe, es que el derecho de esclavitud era directo, definido, en tanto que la esclavitud agrícola lo es indirecta e indefinida. En otro tiempo, Pedro era el esclavo de Juan; ahora este mismo Pedro es el siervo de no se sabe quién, probablemente del mismo que posee la tierra de que Pedro tenía necesidad para alimentarse él y alimentar a su familia. La explotación agraria, tan injusta y cruel como la antigua esclavitud, es más penosa para los esclavos y mucho más criminal por parte de los propietarios. En tiempos de la esclavitud, el propietario, si no por compasión, al menos por cálculo, por no perder un trabajador, no le dejaba morir de miseria, y se-

gún sus ideas o sus fuerzas, cuidaba de la moralidad de sus siervos. Ahora, el propietario territorial no se inquieta por sí; privado de la tierra, su obrero puede enfermar o caer en la depravación. Sabe que pueden perecer en el trabajo muchos obreros y despedir a los inútiles, pues siempre encontrarán cuantos esclavos necesiten.

La injusticia y la crueldad de la esclavitud actual, de la esclavitud de los campesinos, es evidente, y la situación de los esclavos en todas partes es tan penosa, que esta nueva esclavitud debería ser reconocida tan injusta como lo era la servidumbre de hace cincuenta años, y proceder, por lo tanto, a su abolición.

«Pero — se dice — no puede abolirse la propiedad territorial, las tierras no pueden ser repartidas entre trabajadores y no trabajadores; existen dos términos de calidad diferente.» Esto no es verdad; para abolir la propiedad territorial, de ninguna manera hay necesidad de distribuir la tierra.

Cuando se abolió la servidumbre, no fué preciso distribuir los hombres emancipados; bastó con suprimir la ley que mantenía la esclavitud. Lo mismo ahora; para abolir la propiedad agrícola no es necesario repartir las tierras; basta con suprimir la ley que creó y sostiene esa propiedad.

Desde el momento en que se conceptuó lícita la emancipación, los emancipados se repartieron ellos mismos en la forma que creyeron más conveniente. Igual sucederá cuando se suprima la propiedad agrícola: los hombres sabrán repartirse la tierra en forma tal que las ventajas del bienestar sean igual para todos. Nadie puede anunciar cómo se hará esta distribución, si con arreglo al sistema del impuesto unificado de Henry George o de otra manera cualquiera. Sólo una cosa es cierta: basta que el Gobierno cese de sostener por la violencia el injusto y opresor derecho de propiedad agrícola, y los hombres, libres de toda violencia, sabrán en toda ocasión repartirse la tierra, de forma que todos disfruten por igual de las ventajas que ella proporciona. Lo importante es que la mayoría de propietarios territoriales, es decir, los poseedores de esclavos, comprendan, como ya comprendieron los señores feudales, que la propiedad agraria es tan penosa para los campesinos como criminal por parte de los propietarios. Cuando así lo hayan comprendido, ellos mismos inspirarán al Gobierno la necesidad de abolir la ley que sostiene los derechos de la propiedad agraria, es decir, de la esclavitud agrícola. Por el año 50, los hombres

más buenos de la sociedad, principalmente los nobles, los propietarios de siervos, comprendieron cuán criminal era su situación y demostraron ellos mismos al Gobierno la necesidad de abolir aquel derecho añejo e inmoral. Y el derecho de servidumbre fué abolido.

Lo mismo parece que debía suceder ahora con la propiedad agraria; es decir, con la esclavitud agrícola. Pero por extraño que esto sea, los propietarios de esclavos y de tierras, no solamente no comprenden lo criminal de su situación, no sólo no inspiran al Gobierno la necesidad de abolir la servidumbre agraria, sino que conscientemente, premeditadamente, tratan de ocultarse a sí mismos y a sus siervos lo criminal de tal situación. Dos razones explican este hecho:

1.^a Por el año 50, el derecho de servidumbre, de esclavitud directa de un hombre por otro, era diametralmente opuesto al sentimiento religioso y moral, en tanto que ahora la propiedad agrícola es una esclavitud disimulada, indirecta, oculta a los explotados y a los explotadores por las complicadas instituciones gubernamentales, sociales, económicas.

2.^a En tiempos de la esclavitud sólo una clase era propietaria de esclavos, en tanto

que ahora lo son todas las clases, excepto las más numerosas, o sean la clase agrícola, que posee muy poca tierra, y la clase obrera. Actualmente los nobles, los comerciantes, los funcionarios, los fabricantes, los profesores, los escritores, los músicos, los pintores, los pequeños propietarios, los criados de grandes casas, los artesanos bien remunerados, los electricistas, los mecánicos, etc., todos son propietarios de esclavos, propietarios de esos labriegos que no tienen tierras y de esos humildes obreros que, por razones de apariencias múltiples, pero que en realidad se reducen a una sola, se encuentran en idéntica situación: en dar su trabajo y su vida en beneficio de los que disfrutan las ventajas que proporciona la tierra.

Los señores feudales de nuestro tiempo no sólo no encuentran criminal su situación, sino que, por el contrario, están convencidos de que la propiedad agraria es una institución necesaria, inevitable para el buen orden social, que nada de injusto encierra para el pueblo, y que la desgraciada suerte del obrero tiene diversas causas, entre las cuales no figura la del derecho de propiedad territorial.

Esta opinión está fuertemente arraigada

en todos los países avanzados del mundo cristiano. Los hombres públicos de Francia, Inglaterra, Alemania, América, etc., no buscan, ni piensan buscar la causa de la situación desesperada de la clase obrera. Nosotros los rusos, con nuestra población de 100 millones de campesinos, con nuestros inmensos espacios de tierra, con la aspiración casi religiosa que nuestro pueblo siente hacia la vida agrícola, la cuestión de la miseria obrera y los medios para remediarla, debería resolverse de manera diferente a como se resolverá en los demás países de Europa. Nosotros hemos de comprender que para mejorar la situación del pueblo y desembarazarlo de las trabas que le envilecen y depravan, sólo hay un medio: abolir la propiedad agraria, es decir, la esclavitud de los campesinos.

Pero cosa sorprendente. En la sociedad rusa que se ocupa de mejorar la suerte de los trabajadores, nunca se hizo alusión a este medio único, natural, simple, que salta a primera vista. Nosotros, los rusos, que en la cuestión agraria, según la conciencia del pueblo, vamos quizás algunos siglos delante de Europa, para mejorar la suerte de nuestro pueblo, no encontramos nada mejor que instituir, según los patrones europeos, toda clase de du-

mas, consejos, ministerios, tribunales, universidades, academias, escuelas populares, flotas, submarinos, aeroplanos y otras cosas no menos ocurentes que para el pueblo son completamente inútiles, y descuidamos lo único que igualmente exige la religión, el buen sentido y el pueblo.

Pero esto es poco. Empleando toda suerte de astucias, engaños y hasta violencias, tratamos de organizar, imitando a Europa, la suerte de nuestro pueblo, que nunca reconoció la propiedad agraria, tratamos de habituarlo a la idea de esta propiedad y dicho más descarnadamente, lo depravamos y destruimos en él la verdad secular que fatalmente, más pronto o más tarde, ha de ser reconocida por toda la humanidad. Esta verdad consiste en que los hombres todos, no pueden dejar de tener derecho a su alegría y a su felicidad.

Estos esfuerzos para inculcar en el pueblo la concepción extranjera de la propiedad agraria, se realizan constantemente con un celo verdaderamente extraordinario por parte del Gobierno, y conscientemente, o más bien inconscientemente y obedeciendo a un sentimiento de conservación por parte de todos los propietarios territoriales, de todos aquellos que tienen un poder cualquiera sobre los obreros.

Los esfuerzos para envilecer al pueblo se llevan a efecto escrupulosamente, pero hasta el presente esos esfuerzos sólo han encontrado eco en la peor o más pequeña parte de los campesinos rusos. La mayoría, compuesta de millones de trabajadores privados de la tierra, no cede, porque para ellos la solución de la cuestión agraria no está en la revisión de las ventajas personales como quieren los propietarios. Para la inmensa mayoría de los campesinos, la solución de este problema está, no en las teorías económicas que nacen hoy para ser olvidadas mañana, sino en esta sola verdad que siempre reconocieron todos los hombres razonables, en la verdad de que todos los hombres son hermanos y por consecuencia tienen derechos iguales sobre todos los bienes del mundo y entre éstos sobre el más necesario: el disfrute de la tierra.

Y la inmensa mayoría de los campesinos que viven por y para esta verdad, no conceden ninguna importancia a todas las miserables medidas gubernamentales sobre tales o cuales modificaciones de las leyes relativas a la propiedad agrícola, porque saben que la solución del problema agrario no es más que ésta: abolición total

del derecho de propiedad territorial, es decir, de la esclavitud agrícola. Y como saben esto, esperan tranquilamente la hora que no puede faltar y que sonará más pronto o más tarde.

Yasnaia Poliana, 1910.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
Avdo. 1245 MANTUA, MÉXICO

El cadáver viviente



EL CADAVER VIVIENTE

Entre las obras inéditas que ha dejado León Tolstoi, una de las más importantes es el drama titulado «El cadáver viviente». He aquí su argumento:

CUADRO PRIMERO

La acción comienza en Moscou, en casa de los Protassoff, ricos y nobles descendientes de una antigua familia.

En el momento de comenzar el drama, Teodoro Protassoff acaba de desaparecer sin dejar rastro, con gran disgusto de su esposa Lisa, de su cuñada Sacha y de su suegra.

Esta habla de su yerno con gran indignación. Pero al mismo tiempo espera que esta fuga agotará la santa paciencia de Lisa y la decidirá a divorciarse.

Precisamente acaba Lisa de escribir a un amigo de la infancia, Víctor Karenine, rogándole que venga a verla.

Hace mucho tiempo que Víctor y Lisa se aman; pero ignorando los verdaderos sentimientos de Lisa, creyendo que ama a su marido, Víctor sufre en silencio.

La madre piensa que Lisa tiene la intención de separarse de Teodoro y de casarse con Karenine.

Vana esperanza: Lisa ruega a Víctor que parta en busca de su esposo; no puede vivir sin él; está dispuesta a perdonarle.

CUADRO SEGUNDO

Víctor encuentra a Protassoff en una reunión de zingaras, en medio de una orgía.

Teodoro sostiene relaciones platónicas con una joven zingara, Macha.

Cuando Karenine trata de restituirle al hogar, Teodoro se niega. Ama todavía a su mujer; pero sabe que su presencia es una desgracia para ella.

Parte Karenine, y la orgía continúa con más desenfreno.

CUADRO TERCERO

En el hogar Protassoff. El niño está enfermo; Lisa le cuida ayudada por Karenine, que demuestra gran interés por la criatura y el mayor respeto hacia la madre.

La escena capital de este cuadro es una conversación entre Víctor y Lisa, durante la cual aprecia ésta los sentimientos de su amigo y le expresa su agradecimiento.

CUADRO CUARTO

Habitación de Haffremoff, un amigo de Teodoro, al día siguiente de la orgía.

Sacha, la cuñada de Protassoff, llega en busca de éste; pero Teodoro se niega a volver al domicilio conyugal; su vuelta sería la pérdida de Lisa.

Víctor ama a su mujer; él debe desaparecer para facilitar su matrimonio. Teodoro insinuó ya la idea del suicidio.

CUADRO QUINTO

Aparece en escena la madre de Víctor Karenine, pidiendo consejo al príncipe Obrezkoff.

Sabe que su hijo ama a Lisa, pero que

sus ideas religiosas no le permiten unirse a ella sino es mediante el vínculo matrimonial.

Victor viene a rogar a su madre que no se muestre muy severa con Lisa.

Llega ésta, y entre las dos mujeres se establece una corriente de simpatía; se abrazan y lloran juntas.

CUADRO SEXTO

Macha se presenta en el modesto albergue de Teodoro.

Le declara su amor, y le exige que se divorcie para casarse con ella.

Protassoff se niega.

Los padres de la zingara se presentan y acusan a Teodoro de haber deshonrado a su hija.

Protassoff jura que Macha es inocente. Luego manifiesta al príncipe Obrezkoff que viene a verle, su propósito de suicidarse para dejar libre a su esposa.

CUADRO SÉPTIMO

Teodoro está con un amigo en un cuartito reservado de un restaurant.

Teodoro juega con un revólver; su amigo no fraña de disuadirle de su propósito.

Cuando va a suicidarse llega Macha y se lo impide.

CUADRO OCTAVO

El domicilio de los Protassoff. Lisa ha sabido que su esposo quiere a otra mujer; se siente libre y comprende que a quien ella amaba es a Karenine.

Llega una carta de Teodoro; se despide en ella de Lisa, diciendo que cuando la lea, él habrá muerto.

Lisa se desespera, se apiada de su marido, suplica que vayan a salvarle.

CUADRO NOVENO

Un tugurio infecto. Teodoro, vestido miserablemente, habla con otro vagabundo.

Le cuenta su vida, la simulación de su suicidio; ahora es un «cadáver viviente.»

Otro vagabundo, Artemieff, que odia a Teodoro, ha sorprendido esta confesión y decide denunciar el hecho a la policía.

CUADRO DÉCIMO

Karanine y Lisa se encuentran en una casa de campo; se han casado y Lisa se halla en cinta.

Una carta les revela que Teodoro vive aún.

CUADRO ONCE

Lisa es acusada de bigamia ante el juez de instrucción; se cree que ella ha inventado la muerte de Teodoro.

Este pronuncia una fogosa invectiva contra la justicia oficial y los tribunales.

CUADRO DOCE

El proceso ha terminado; el Jurado se retira para deliberar.

La escena se desarrolla en un pasillo del Palacio de Justicia.

Entra Teodoro, y al conocer la sentencia del Jurado, se pega un tiro.

Lisa llega demasiado tarde; se arroja llorando sobre el cadáver de su primer marido.

FIN



ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
Prefacio.	5
Dos aventuras.	7
La guerra.	119
Un sueño.	165
El cadáver viviente.	183



